

# Laboratorio Poético en la Facultad

***Carina Kaczorowski***

*Estudiante avanzada del Prof. en Letras y FHyCS*

¿Qué nos sucede cuando somos invitados a participar de un laboratorio poético en la Facultad? Quizás, uno de los primeros pensamientos tenga que ver con la relación casi inmediata del laboratorio con un lugar de experimentación, análisis, pruebas de ensayo-error, como también un lugar equipado de aparatos y utensilios para llevar a cabo tales propósitos. Sin embargo, la unión de las dos palabras, cabe dentro de la definición de una figura literaria y retórica que consiste en usar dos conceptos de significado opuesto en una sola expresión para generar un tercer concepto que re-signifique o pluralice a ambos. Desde aquí, esta instancia de iniciación del laboratorio poético nos interpela desde múltiples lugares semióticos de la cultura dentro de un espacio singular de prácticas académicas complejas y tradicionales.

Por lo tanto, participar de un evento en el ámbito universitario en el cual las prácticas educativas están siendo pensadas desde un enfoque pedagógico que prioriza la educación a través del arte, pone en tensión los espacios simbólicos que se le atribuyen a lo artístico-creativo; a su vez comprende un desafío del orden de lo sociocomunicativo para los actores-talleristas que irrumpen el espacio con una dinámica que pretende acercar la

lectura y la escritura generando escenas de lectura y escrituras situadas; ineludiblemente la misma sugiere un trabajo de mediación pensado y trabajado en una instancia muy anterior a la puesta en escena: para que el encuentro no naufrague en la contingencia de la estructura académica formal sino que navegue en esas aguas inquietas e inciertas que forman parte del intercambio cuerpo a cuerpo, voz a voz.

En la seguridad de que los discursos sociales no son textos sueltos sino que circulan y se entretajan en los hábitos de las comunidades socioeducativas es importante señalar que también componen el acervo teórico-metodológico de las prácticas educativas que vamos aprendiendo ligera y en muchos casos profundamente durante nuestras trayectorias formativas, y que se instauran como líneas de partida o ideas fuerza en el ejercicio de la comunicación y en el intercambio con los otros.

En este sentido, esta intervención en tanto práctica educativa nos reconoce como –sujetos en relación– con las manifestaciones culturales y, como –sujetos en formación– en tanto actores imbricados en un proceso que intenta no dejar de lado las prácticas educativas genuinas y el acercamiento a la literatura desde la experiencia del taller.

Asimismo, la condición azarosa de cualquier intento de comunicación mediante el arte implica más de lo que podemos ver, porque (más allá de lo que vemos) circulan de manera subrepticia mandatos institucionales ordenados a partir de parámetros que no se enmarcan dentro del enfoque que mira a la educación como una posibilidad de indagación de estrategias alternativas para el desarrollo de las potencialidades cognitivas del alumno; sin embargo, por más sólidas que sean estas estructuras no dejan de ser permeables y susceptibles a fisuras, rendijas, pequeños intersticios de acción.

Por ello, para desarrollar el trabajo-taller los dispositivos pedagógicos estuvieron regulados por las coordenadas de las

talleristas que nos dieron la bienvenida antes de ingresar al aula, pero no sin generar cierta ruptura con lo cotidiano; mediante un “susurro poético” nos ofrecieron “la llave” de entrada al aula poética. El lugar estaba ambientado con aromas, luces tenues, y gigantografías de autores, escritores y músicos que han marcado un rumbo distinto en la poesía y la canción en el siglo XX. El camino para entrar en conversación con ellos estaba señalado con velas y textos, era una invitación a meternos en el adentro de la experiencia que nos ofrecían las compañeras/os de la facultad, un día cualquiera en un aula cualquiera pero que distaba mares de ser un momento cualquiera.

En cada una de las esquinas del aula se disponía un lugar para la lectura y la escritura. Poesías, canciones, imágenes, texturas, nos invitaban a participar de la experiencia. No fuimos espectadores pasivos, fuimos invitados a ser parte de la construcción de pequeños escritos, motivados por la lectura de textos-canciones que en el papel y sin la música irrumpen como palabras nunca antes escuchadas. Sin embargo, en el estribillo, empezaba a sonar la melodía y el ritmo de las canciones que nos acompañaron siempre.

Vivenciar el laboratorio poético era estar en un lugar con otras reglas de juego, tan cerca del bullicio de los transeúntes, de los ruidos de los motores y bocinas de los autos en el andar apurado de la ciudad, tan cerca y tan lejos ¿no? Ahí sacados de la cotidianeidad y arrojados como dice Heidegger a la vida, a la experiencia vital con el arte.

En cada estación experimentamos algo distinto, aunque la lectura y la escritura de textos e imágenes nos acompañaron en el transcurrir del laboratorio. Pareciera que empezábamos a descubrir poco a poco una nueva forma de habitar el lugar. Éramos experimentadores y aún más, fuimos exploradores de textos, de formas de escritura, de voces, de ritmos, de palabras que nos han tocado alguna fibra interna en la memoria y el recuerdo.

Los itinerarios y rutas de indagación nos recordaron también el deseo y la urgencia que tenemos de eso que creemos merecer —el arte como parte sustancial de nuestros procesos formativos—, nos recordaron la vigencia de su ausencia, facilitada y sostenida por decisiones político-institucionales. Nos recordaron que debemos cuestionar el carácter hegemónico de ciertas prácticas obsoletas en los ámbitos educativos. Asimismo, todo esto, nos interpela y nos exige entender los obstáculos ideológicos que interfieren en la construcción o deconstrucción de ciudadanía crítica.

Y en una cadena de quita de oportunidades, no solamente a nosotros nos privan de esas experiencias con el arte, sino que las mismas se inscriben como matrices de pensamiento: de que nadie puede mostrar y ofrecer lo que no le han mostrado y ofrecido, por lo que la consecuencia lógica de este silogismo es que nuestros alumnos perderán oportunidades de experiencias vitales con el arte debido a nuestras carencias; porque está claro que en los procesos de enseñanza, no es simplemente la falta de aprendizajes significativos sino también de experiencias sociales y artísticas, las que acortan nuestro sistema de representaciones y configuraciones, y nuestras lecturas del mundo.

En palabras de Analia Gerbaudo (2006)

...cabe preguntar qué hacer con el arte y especialmente con la literatura, porque son algunas de sus manifestaciones las que trabajan sobre lo repugnante, lo que se resiste a ser nombrado por rozar lo abyecto más que lo noble, el spleen más que el ideal: “como la lengua, la cultura ofrece al individuo un horizonte de posibilidades latentes, una jaula flexible e invisible para ejercer dentro de ella la propia libertad condicionada. Habría que interrogarnos si hacemos que el arte se vuelva parte de esa jaula o si nos valemos de él para armar tretas que permitan sortearla. (p.167)

Corro el riesgo de que mis objeciones y cuestionamientos se interpreten como pesimistas, tal vez idealistas; elijo correr el riesgo, si permite abrir la discusión y el abordaje de estos temas cruciales para nuestro desarrollo como comunidad universitaria, y de alguna manera preguntarnos acerca de nuestras prácticas, de nuestras búsquedas, para encontrar algún lugar en el entremedio que dé lugar a nuevas estrategias de trabajo-relación y vínculo con los sujetos de aprendizaje.

## Bibliografía

- Actis, Beatriz - Barberis, Ricardo** (2006) *Las aulas de literatura*. Bs. As. Homo Sapiens. Colección: Leer y escribir.
- Gerbaudo, Analía** (2006) “La clase (de lengua y de literatura) como envío”. s/d



